

(02067)

La joya del Rayo

Miguelito era alevín de segundo año, pero aunque había cumplido los doce jugaba con el primer equipo infantil del Rayo de Mospintoles, así que entrenaba con y jugaba contra muchachos de catorce años de edad. Su habilidad con el balón, su capacidad para entender el juego, pero sobre todo la necesidad de no cercenar su evolución deportiva había llevado al cuerpo técnico del Rayo a solicitar su inclusión una categoría por encima de lo que marcaba su fecha de nacimiento.

Miguelito era hijo único, y sus padres –ambos con un empleo estable y bien remunerado–, no eran el prototipo de padres que pierden el sueño porque su retoño “salga bueno” a fin de alcanzar la anhelada jubilación anticipada, verdadero Eldorado de nuestra sociedad (tanto en fútbol como en tenis, golf, deportes de motor...).

El chaval era un fuera de serie, y López –el presidente del Rayo y primer accionista de un holding de proyección nacional–, no había perdido el tiempo, habiéndolo designado el buque insignia de la cantera de la entidad deportiva.

No es que Miguelito fuera pequeño para su edad, pero la desventaja física al enfrentarse a sus rivales era notable, lo que le forzaba a suplir su menor envergadura con una velocidad endiablada, tanto mental como de ejecución de los gestos técnicos propios del fútbol. El niño se anticipaba las más de las veces a sus antagonistas, y se desmarcaba señalando la jugada a sus compañeros, que siempre lo encontraban en la frontal de área o dejándose caer más allá del pico de ella.

Si los rivales le dejaban controlar el balón no era raro que sentara a alguno, por lo que arrastraba a otro defensa, dejando con ello desmarcado a un compañero que recibiría una clara asistencia. No siempre las jugadas culminaban en gol, porque a pesar de la gran clase que atesoran los muchachos de estas categorías no dejan de ser niños, y aún cometen fallos groseros, fallos que serán pulidos con la experiencia que irán acumulando hasta llegar a profesionales.

Debido a sus características y a que ya había destacado en los primeros partidos de la presente temporada, los rivales sabían a qué atenerse, y los centrales tenían órdenes expresas de no dejarle jugar a gusto. Entraba en juego aquello que cierto sabio del fútbol sugirió en desafortunada ocasión: “hay que ganar por lo civil o por lo criminal”, y lo criminal en el contexto futbolístico es ejercer presión más allá de lo que permiten las reglas del juego. Miguelito no sólo era blanco de faltas reiteradas, sino que era objeto de intimidaciones y tropelías por quienes le sacaban una y a veces dos cabezas, proyectos de centrales profesionales que a nuestra pequeña figura le llevaban dos años de edad.

Con todo, Miguelito era muy sufrido, y había aprendido a no caer en las provocaciones. El primer equipo infantil del Rayo estaba cuajando una excelente temporada y buena parte de la culpa era de nuestro pequeño héroe. Por su natural afabilidad, su resignación ante entradas duras, su madurez para no dejarse arrastrar por las provocaciones, siendo como era más niño que ellos, los chicos de los equipos rivales acababan cogiéndole cariño a lo largo del partido. Los muchachos, cuando no están mediatizados por los adultos, dejan salir a flote de forma espontánea su deportividad, el llamado “fair play” que los adultos nos cargamos, pero que no es otra cosa que el estado puro en que debe desarrollarse cualquier juego, al margen de victorias, puntuaciones ligueras y carambolas matemáticas para optar al ascenso o eludir el descenso.

Piquito, que había sido empujado por López, más que para ayudar o vincularse al cuerpo técnico de los equipos de base para ocupar su tiempo de ocio durante los últimos meses de su recuperación, había sido asignado a este primer equipo infantil del Rayo, y se había hecho un asiduo tanto de los entrenamientos de los rapaces como de sus partidos, incluyendo los que implicaban desplazamiento.

En vísperas de las vacaciones escolares de semana santa, el equipo infantil A del Rayo iba a disputar un interesante encuentro contra un rival directo que también pretendía ascender a categoría nacional. Era el partido de vuelta de la liga organizada por la federación madrileña, y en la ida los mospintoleños habían ganado por la mínima –4 a 3– en un trabajado enfrentamiento que concluyó con dos goles de Miguelito y éste con un tobillo hinchado no pudiendo entrenarse durante una semana entera. Los corpulentos rivales – corpulentos para su edad, hay que seguir matizando– entraron constantemente al choque sabedores de que en el rifirrafe llevaban las de ganar contra la joya del Rayo. Miguelito no se arrugó en ningún momento y ello le mereció el aplauso del entrenador rival, que aunque escasos, aún quedan quienes saben reconocer los méritos de los rivales.

Como cada partido es diferente, Piquito había estado haciendo una labor de mentalización con su par en el infantil A del Rayo durante toda la semana. Piquito, que también se encontraba más a gusto conduciendo el balón, había estado aleccionando a Miguelito sobre el arte de jugar de espaldas a la portería, y había convencido a Chili Revuelta, delantero centro con quien formaba una dupla temible en los campos de segunda división, para que estuviera el martes en el entrenamiento de los muchachos.

Miguelito, en manos de esta pareja, pronto encontró el sentido a esta parte del juego a la que hasta ahora no había prestado mucha atención:
—Aunque los centrales te lleven altura y peso, en cuanto aprendas a proteger el balón de espaldas al arco, tienes habilidad suficiente para girarte y encarar la portería.

—Ellos van a estar pendientes a la segunda jugada, pero tú eres capaz de definir aunque comiences de espaldas. Todo lo que has de hacer es no perder la referencia de los tres palos.

—No necesitas mirar para chutar... Has de sentir la posición de quien te marca sólo por el contacto, y averiguar sobre qué pie apoya el peso para desnivelar por ahí o hacerle un contrapié.

—Con un movimiento previό harás que cargue el peso donde a ti te conviene. Sólo es cuestiόn de sentirlo, de no pensar cuando ejecutes, de dejarte llevar... Controlar, girar preparando el balón y chutar... todo en uno.

Estas y otras recomendaciones le hicieron Piquito y Chili, que volviό el jueves encantado de la acogida que le dispensaron los chavales de aquel plantel. No en vano ambos eran sus ídolos, y ellos mismos habían dejado de ser niños no hacía tanto.

Durante el partido de hoy –Chili no pudo acudir por tener que desplazarse con el equipo profesional– Piquito no dejó de caminar por la banda, animando a los suyos. No podía ocupar un puesto en el banquillo, pero tampoco suplantaba la voz del entrenador desde la banda. Su apoyo era más presencial, con gestos ora pidiendo calma ora pidiendo más empuje.

En un lance del partido el balón fue a parar a los pies de Piquito. Éste, que hacía unas semanas que había comenzado a tocar balón en los entrenamientos del Rayo, lo elevó con el pie y mientras en el campo atendían a un chico del equipo rival que se había hecho daño en un encontronazo, realizó un par de toques malabares con el esférico.

Desde la grada, que no estaba muy retirada de la línea de cal, un aficionado de la localidad anfitriona le reprendió:

—Déjate de chorradas, chaval, que a tu edad deberías estar jugando y no entrenando a críos. Así va el fútbol, que no hay más que jugadores frustrados en los banquillos.

—¡Calla! –le corrigió un vecino de asiento–, ¿no sabes quién es ese?

—Un pelanas...

—Es Piquito, el del Rayo.

—¿Que va a ser ese Piquito? A Piquito lo conozco yo personalmente, que trabajo en Mospintoles, y lo veo todos los días.

Piquito enviό el balón con la cabeza a las manos del muchacho que venía a realizar el saque de banda para devolver la pelota al Rayo –pues habían echado el balón fuera en un caballeroso gesto–, y luego miró a quien le había interpelado. No lo conocía de nada. En su vida lo había visto. El chico que atrapó el balón se colocó en la banda un poco adelantado y antes de devolver la pelota llamó en voz alta:

—¡Eh, Piquito!, no te marches sin firmarnos un autógrafo, ¿eh? Te esperamos en el vestuario al terminar.

—Vale, cuenta conmigo —fue la respuesta del crack mospintoleño.

A sus espaldas se oyeron las risas de los compañeros del simpático de la grada.

Piquito se volvió divertido y bromeó en voz alta:

—Bueno, amigo mío, a ti el autógrafo te lo firmo el lunes en Mospintoles, ¿eh?

Lo ocurrencia fue acogida con un pequeño aplauso, y quien había quedado corrido también sonrió:

—Esto me pasa por bocazas...

¡Ah!, por lo general, qué distinto comportamiento tiene el público que asiste a un partido de infantiles al público que acude a la arena deportiva, aun siendo los mismos, cuando se ven amparados por la muchedumbre...

El partido llegó al descanso con el resultado de 1 a 1, y con Miguelito sin encontrar su sitio entre la defensa rival.

En el vestuario, luego de la charla táctica del místico, y mientras los chavales reponían líquidos, Piquito quiso hacer algunos comentarios técnicos a un par de críos, que los había visto fuera del partido durante toda la primera mitad.

—Estad más encima de vuestros marcajes. No les dejéis moverse con tanta facilidad. No son mejores que vosotros, sólo están jugando más atentos al balón. Estad encima de ellos y anticiparos. El tuyo no tiene buena cintura. No deberías temer que se te escape. Y tú, cierra al tuyo contra la banda. Me he fijado que en carrera no tiene recursos para parar el balón e iniciar jugada, y se va a quedar sin espacios. Lo único que ha hecho es pararse y proteger la bola con la espalda. A estas alturas no va a sorprendernos con nada nuevo. No te confíes del todo, pero estate atento a ese gesto. Le vas a sacar el balón de los pies nueve de cada diez veces.

El místico miró a Piquito y no dijo nada. Lo que había dicho el profesional era cierto, pero había maneras más positivas de comunicar con los críos. Aún así, Piquito no lo había hecho mal. Después de todo quizá no hubiera sido mala la idea de López de enviar un profesional para apoyar los entrenamientos de las categorías menores. Quizá deberían implicarse sistemáticamente todos los profesionales de una entidad deportiva acudiendo asiduamente a los entrenamientos de los críos. En esto pensaba el místico cuando el árbitro les llamó.

Durante el segundo tiempo los chavales del Rayo consiguieron atar mejor el centro del campo, y el rival ya no creaba tanto peligro. Tenían un par de jugadores talentosos, pero anulados éstos, el equipo bajaba enteros. No obstante, la defensa había maniatado a las dos puntas del Rayo, y el partido se mostraba trabado.

Piquito se acercó al banquillo y habló con el míster:

—Míster, prueba con Miguelito de delantero centro. A ver si nos sale algo. Ha aprendido un par de movimientos. Conque le salga uno, será medio gol.

—Necesitamos un gol entero, Piquito. No me gusta el empate en este campo. Si nos meten al final nos hundan... –el míster se quedó en silencio durante un rato, y Piquito creyó que había zanjado la cuestión—. Cuando el balón salga por esta banda, da las instrucciones y que se las pasen a Miguelito –dijo el míster cuando Piquito ya se iba.

El balón tardó en salir por aquella banda, y cuando lo hizo Piquito le dijo al chico que vino a sacar que forzaran otro fuera de banda a su altura y que esa vez fuera a sacar Miguelito.

Así lo hicieron poco después, y Miguelito se entretuvo al agarrar el balón mientras atendía las instrucciones de Piquito. El árbitro, atento a esto, pitó apurando a Miguelito y le perdonó la amarilla. El crío iba a dejar caer el balón para que sacara otro compañero:

—No, no, saca tú que si haces eso te saca la amarilla –le conminó Piquito.

Miguelito había entendido perfectamente lo que Piquito le había dicho. Habían estado ensayando con Chili media docena de movimientos, y viendo los rivales que le marcarían en la nueva posición, Piquito había encontrado uno que encajaba como anillo al dedo.

Pasó aún un buen rato hasta que el balón fue a parar a los pies de Miguelito, que recibió de espaldas a la portería:

—¡Ahora! –chilló Piquito... pero Miguelito no podía oírle porque estaba concentrado en su propio cuerpo.

El niño fintó hacia fuera y se pasó el balón con el interior por debajo de los pies, que pasó también por debajo de la apertura de piernas que había hecho el rival. Miguelito se giró hacia dentro y tras dar un paso encontró el balón preparado para ser disparado con su pierna derecha. No lo pensó y pegó un zapatazo que se fue al palo corto, colándose junto al poste, a media altura. Fue el golazo de un superclase.

La alegría fue colectiva en el banquillo; todos saltaron a una y el míster se giró hacia Piquito, que estaba tranquilo, con las manos en los bolsillos del chándal, con una sonrisa tan grande que mostraba sus dientes. Miguelito salió corriendo hacia donde se encontraba Piquito, y deteniéndose en seco a unos metros de la banda le dispensó el saludo militar que Piquito dedicara al palco del Rayo en el primer gol que metió el día del ascenso. Detrás de Miguelito formaron otros cuatro o cinco críos y realizaron el mismo saludo. Como vestían un antiguo segundo uniforme de camisola blanca, aquella escena le trajo al míster recuerdos del filme "Botón de ancla", pero allí nadie había visto tan vetusta y

entrañable cinta. El mister se sintió viejo rodeado de tanta juventud... Se pierden los recuerdos colectivos... y son sustituidos por otros.

El rival, con todo perdido, trató de abrirse, pero la zaga del Rayo no estaba dispuesta a dejarse mojar la oreja. Los muchachos estuvieron bien despiertos cortando cualquier jugada. El chico al que Piquito había instado durante el descanso a cerrar a su par contra la banda tenía a éste controlado, sacándole el balón una y otra vez, montando rápidos contragolpes. El balón llegaba más a menudo a Miguelito, pero el rival se le anticipaba las más de las veces en falta, aunque el trencilla no veía en ello nada punible.

Piquito le hizo señas a Miguelito para que bajara a recibir el balón a medio camino entre el círculo central y el área de penalti. Así lo hizo en un par de ocasiones, recibiendo de espaldas y tratando de jugar una pared con algún compañero. Ahora el Rayo jugaba al contraataque y creaba mucho más peligro que su rival en sus ataques.

En una de estas Miguelito decidió fintar de nuevo e irse con el balón. Lo consiguió, pero estaba lejos del área y hubo de conducir la pelota al área de penalti. El portero quedó a media salida, pues la defensa estaba encima de Miguelito y en posición de quitarle el balón de los pies, pero el hábil mospintoleño fue más rápido y al esconder el balón fue derribado cuando entraba en el área.

Ahora el árbitro sí pitó penalti y tarjeta amarilla para el infractor. El muchacho, apesadumbrado, se encogió de hombros y ayudó a levantarse a Miguelito:

—¿Te has hecho daño?

—Sí, un poco. Me has cazado bien.

—Lo siento, no quería darte. Me has puesto el pie justo cuando te iba a sacar el balón.

—Pues no quería forzar el penalti. Quería apoyar a la izquierda para irme por la derecha y descolocar al portero.

—¿Puedes caminar?

—Sí, sí... ya se me está pasando el dolor.

—Pues lo siento, ¿eh?

—Vale, vale. Tranquilo. Y gracias.

¿Se comportarán igualmente estos jugadores dentro de diez años cuando les paguen unas cifras de vértigo para cualquier profesional del andamio, la llave inglesa o el volante? ¿O habrán encontrado la vía del piscinazo y el patadón para que no te muevas?

El penalti fue transformado en gol por el capitán del Rayo infantil A y el partido no dio para mucho más. Un par de sustos en cada portería y un postrer gol del anfitrión en el descuento que no valía para puntuar, dejando el marcador en 2 a 3. Tenía razón el mister al no fiarse del empate en este campo.